

## STALIN

**M**EDIO asiático, medio europeo.

El hombre, vestido de chaqueta color kaki y altos zapatos de soldado. Tiene una frente baja, rodeada con denso pelo negro, ojos hundidos, nariz de águila.

Su mirada pasa de parte a parte, penetrando hasta el alma misma de su interlocutor. Cuando durante una reunión, un destacado dignatario del Soviet quedó pensativo y de repente sintió la mirada penetrante de Stalin dirigida sobre él, cuchicheó a su vecino: «Tengo miedo. El puede sospechar que yo estaba pensando en alguna cosa».

El georgiano Djugaschwili no tiene patria, ni amigos, ni vida personal. Tiene sólo una idea, la idea de la revolución mundial, la idea del comunismo triunfante. Vive exclusivamente para la realización final de esta idea; por ella él manda centenares de gentes al patíbulo, por ella está listo para hacer cualquiera cosa.

¿Cree él mismo en la realización y triunfo final de su idea? Sin ninguna duda. El dictador rojo es un fanático. El está de la misma manera convencido de la justeza de la causa que él abraza, como de su misión providencial de encabezar el primer estado soviético.

Su fe es absoluta y contra ella no pueden intervenir ni la traición de un colaborador íntimo, ni los fracasos seguidos de sus planes.

Igualmente, como tantos otros caudillos de la revolución rusa que surgieron bajo seudónimos, el georgiano Djugaschwili se llama Stalin. Pero mientras que los otros usan seudónimos que no dicen nada, el seudónimo de Djugaschwili es significativo, es un símbolo. *Stal* significa en ruso acero, y en realidad Stalin es un hombre de acero.

El hombre con el seudónimo de Stalin está siempre tranquilo. Ni una vez se permite el perder su serenidad ni aun levantar un poco la voz.

Cuando durante una reunión, Trotzki interrumpió al dictador, quien estaba dictando la resolución, gritando: «Tontería, delirio de un loco!», Stalin no sólo no interrumpió su lectura, ni aun movió la cabeza.

Su carácter es más de un oriental que de un europeo, con sus rasgos fundamentales: sutil, disimulado, vengativo. No tiene confianza en nadie, nunca habla francamente. En general pre-

fiere quedarse callado, habla sólo cuando es absolutamente indispensable, y siempre de la manera más breve y seca.

En particular, por su carácter vengativo es un oriental típico. No perdona nunca ni la más mínima afrenta y se desquita siempre sin conmiseración. Está acostumbrado a estimar en nada la vida humana, siendo en este respecto el comunista Stalin mucho más parecido al Chinghiz-Khan y al Ivan el Terrible, que el último autócrata ruso Nicolás II.

Con todo esto hay que hacer resaltar, que el comunista Stalin nunca ha hecho nada que no considerara absolutamente necesario, nada para su satisfacción propia, ni gesto espectacular ninguno.

Cuando antes de la guerra, en el saqueo de la tesorería del estado en Tiflis, tal vez el más espectacular saqueo de la historia, él tomó la bomba y la lanzó al cajero, y cuando durante la guerra civil fusilaba personalmente a la gente, lo hacía por su idea, por la revolución mundial, sumamente desdeñoso del gesto, de la pose teatral.

Por esta misma razón, Stalin hasta el último momento ha preferido (siempre) quedarse en la sombra. Así como el administrador genial de la gran revolución francesa, José Fouché nunca aparecía sobre la escena visible de la política, siendo no obstante, el personaje más poderoso de la Francia revolucionaria y bonapartista, José Stalin prefiere quedarse detrás de los bastidores de la escena política de la Rusia Soviética, sin buscar la popularidad, sin pretender el título de tribuno popular. No quiere de ninguna manera hacer resaltar su poder. Pues José Stalin es solamente el Secretario General del Partido Comunista y nada más. Ni es Presidente de la U. R. S. S., ni aun es Presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo, y, a pesar de esto en él únicamente está concentrada toda la autoridad que el hace pesar sobre el enorme país.

El dictador, escondido en las piezas más retiradas del palacio de Kremlin, nombra para los primeros puestos del Estado a la gente más insignificante, quienes obedeciendo incontestablemente a su voluntad, realizan la política que considera como la más indicada para el momento. Y cuando ésta resulta un fracaso, el dictador rojo inexorablemente carga toda la responsabilidad sobre esas gentes, que no eran otra cosa que unas muñecas en sus manos, y sin conmiseración los sacrifica al descontento público.

Stalin no se hace ilusiones con respecto a su popularidad y la fascinación de su nombre para las masas, no pueden hacerlas, siendo en cierto grado un extranjero, no un ruso legítimo,

quien además está realizando una política sumamente ajena al país.

Es un gran experimentador, que trabaja con el material humano, sacrificando por causa de su idea docenas de miles de vidas. ¿En tales condiciones se puede hablar de una popularidad y gobernar en razón de una autoridad intelectual o moral? Stalin reconoce perfectamente que una autoridad de esta índole es sumamente insuficiente para gobernar un país como Rusia. ¿Cómo se podría esperar convencer al campesino ruso de las ventajas del sistema comunista de agricultura sobre el sistema de posesión individual, recurriendo exclusivamente a los razones intelectuales y morales?

José Stalin en contraste con la mayoría de los caudillos comunistas es un político real, más que eso, es un hombre de negocios con intuición casi genial. Genial a pesar de toda su estrechez. Trotzki ha dicho: «Stalin es la más destacada mediocridad de nuestro partido».

Pero él sabe siempre lo que quiere hacer hoy, y eso es mucho.

Stalin nació para ser un gobernador de un estado oriental, donde uno o varios hombres primitivos piensan y actúan para una masa aun más primitiva. Pero en contraste con un típico tirano oriental, Stalin lleva la vida de un asceta. No se permite ningún lujo, ningún vicio, estando convencido que el secreto del poder principia con la dominación de la propia personalidad. Hay que reconocer que su fuerza de voluntad es extraordinaria. Hay que imaginarse a un presidiario trasladado de la lejana Siberia al palacio del Kremlin, palacio de los Zares moscovitas, quien no se permite gastar un solo rublo que no sea estrictamente necesario, ni aun vestirse conforme a su posición elevada. Una chaqueta semi-militar, o una *poediowca*, el abrigo tradicional de los campesinos rusos, eso es el traje invariable del dictador de la U. R. S. S. Con este traje recibe en las salas del Kremlin tapizadas con seda, asiste a las reuniones, se presenta al pueblo. Es claro que con todo eso gana mucho el prestigio del hombre todopoderoso. Si un obrero o campesino cualquiera, de una población lejana de Rusia, después de muchos trámites y dificultades logra llegar a la Capital Roja y encuentra a su caudillo muy moderadamente vestido, ve que no goza ningún privilegio, ni aun los naturales en su posición, el prestigio de este caudillo crece ante sus ojos infinitamente.

Y no sólo de esta manera pesca Stalin las simpatías de las masas que la revolución rusa le ha llamado a encabezar. Toda su apariencia exterior, su paso y ademanes lentos y modestos, su timidez aparente, no pueden sino dejar una impresión de

lo más favorable. Presentándose al público, subiendo el estrado, Stalin siempre trata de achicarse en todo sentido, como si creyera que todo el enorme poder concentrado en su persona lo hiciera aparecer demasiado grande, sobresaliente. Pues eso es exactamente lo que no quiere Stalin: hacer la impresión de un dictador, de un hombre todopoderoso. El está completamente satisfecho de saber en su fuero íntimo que él maneja todo y todos le obedecen absolutamente.

Esta línea de conducta es uno de los factores fundamentales, sobre los que se basa su fuerza. Siendo todo este tan importante para la conservación del poder, para un hombre como Stalin dominado por la única idea de la revolución mundial, por la única ambición personal de mantener el poder en sus manos, es muy fácil de renunciar a todo brillo aparente, a todas las comodidades banales de la vida.

El actual dictador ruso es un hombre comparativamente poco educado. No tuvo muchas oportunidades de preocuparse de su educación. Todo su tiempo lo dedicó a la organización de los salteos en gran escala para suministrar los fondos necesarios al partido, o en calidad de reo político, a la organización de sus evasiones de Siberia, tomando en cuenta, que tanto los unos como las otras han sido bastante frecuentes; no debe extrañar que Stalin tuviese poco tiempo para las actividades de una naturaleza más intelectual.

A diferencia de la mayoría de los otros caudillos soviéticos, Stalin nada conoce del Occidente, pues nunca en su vida ha sido un emigrado político. No sabe ningún idioma extranjero. Toda su vida la ha pasado dentro de la Rusia. Sin embargo, sus conocimientos de esta última son también bastante limitados. Cáucaso y Siberia, otra vez Cáucaso y otra vez Siberia, eso es lo que Stalin ha estudiado a fondo; tanto Rusia europea como Occidente son tierras desconocidas para él.

Considerando estos rasgos fundamentales de la figura del dictador de la U. R. S. S. ¿se puede dudar si la política que realiza Stalin responde bien a los intereses del país y del pueblo ruso? Desgraciadamente es un hecho indiscutible: Stalin no entiende los intereses del pueblo ruso y su política y hasta el último momento ha sido diametralmente contraria a estos últimos. Siendo así es poco importante, por lo menos desde el punto de vista de un ruso, si Stalin es sincero y honrado en su actuación. Es muy dudoso que esta última se califique en la historia de Rusia como una cosa que ha contribuido a la felicidad del país.—W. G U E S S E N.

(Traducido de la Revista «Nasch Wick».—Berlín).